

En aquel punto se oyó el són de militares instrumentos y una gran gritería en el alcázar, y á pocos instantes despues se sintió resonar en las inmediatas salas la poderosa voz del conde de Barcelona.

Y á tiempo aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.

CAPITULO XXIII.

Donde se habla de un famoso juicio de Dios, que cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca.

Por eso fueron traidores en consejo, fecho y dicho: por eso riepto á los viejos por eso riepto á los niños . . .

ROMANCE DEL RETO DE ZANORA.

Los gritos y voces que se oyeron en el alcázar significaban que á la tierna princesa doña Petronilla la traian en triunfo desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

El conde de Barcelona la hacia victorear de los

En aquel punto se oyó el són de militares instrumentos y una gran gritería en el alcázar, y á pocos instantes despues se sintió resonar en las inmediatas salas la poderosa voz del conde de Barcelona.

Y á tiempo aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.

CAPITULO XXIII.

Donde se habla de un famoso juicio de Dios, que cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca.

Por eso fueron traidores en consejo, fecho y dicho: por eso riepto á los viejos por eso riepto á los niños . . .

ROMANCE DEL RETO DE ZANORA.

Los gritos y voces que se oyeron en el alcázar significaban que á la tierna princesa doña Petronilla la traian en triunfo desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

El conde de Barcelona la hacia victorear de los

señores de su comitiva, y todo era júbilo y entusiasmo en derredor de la angusta niña.

Don Ramiro y doña Inés á un tiempo se levantaron y caminaron á su encuentro, olvidándose de todo por un momento al verla y al oír las dulces palabras con que la princesa sabia ya nombrarlos.

¿Qué tiene de extraño? Eran padres.

Y por más que fueron grandes los extremos que don Ramiro y doña Inés hicieron en esta ocasión, siempre los lectores de esta historia podrán imaginárselos sin necesidad de que nosotros empleemos en ello tiempo y pluma; porque á la verdad, aunque muchos no sean padres, sospechamos, salvo error, que no haya alguno de ellos que deje de contarse por hijo.

Después de aquella entrevista vino el día de los contratos entre el rey don Ramiro y el conde don Berenguer de Barcelona, y luego la jura y coronación, y las fiestas, que fueron semejantes á aquellas con cuya relación comienza este libro, aunque mucho más bulliciosas y alegres.

Verdad es que faltaban los mejores ricoshombres aragoneses; verdad es que las más nobles familias de Huesca estaban sumidas en dolor profundo y anegadas en llanto.

¿Pero qué le importaba al pueblo del dolor de los potentados?

¿Qué había de comun entre los pobres burgueses que reían y cantaban, y los ricos y poderosos nobles que lloraban y gemían?

De esta suerte nos suelen representar las viejas

historias, divididos siempre á los altos y á los bajos, á los nobles y á los plebeyos, conteniéndose unos á otros, y unos á otros oprimiéndose hasta dar lugar á que los tiranos los hayan igualado á estos y aquellos en la humillación y la servidumbre.

A la verdad, á don Ramiro no puede llamársele tirano; pero el pueblo de Huesca simpatizaba más con su causa aun despreciándolo, que con la de los ricoshombres, á quienes admiraba; por culpa de éstos, que no sabían ser afables como valientes, ni justos y modestos como eran poderosos en oro y armas, y ricos en reputación y servicios.

Y aun por eso los aborrecía Aznar sin duda; por eso el hijo de la montaña había sentido impulsado su brazo al hecho terrible que estaba pagando con su propia sangre en el lecho de dolor donde le dejamos sin otra compañía que la de Fortuñon y Castana.

Si los plebeyos hubiesen seguido siempre la voz de los grandes, si en todas partes los grandes hubieran sabido atraerse el amor de los plebeyos, jamás el despotismo monárquico habría pesado sobre el mundo, y todos los pueblos tendrían lo que hoy tiene alguno, libertades tradicionales, veneradas, eternas.

Pero nos apartamos de nuestro propósito: narrando estamos crónicas novelescas, que no escribiendo artículos de periódico.

Íbamos por las fiestas celebradas el día de la jura de doña Petronila y don Berenguer por reyes de

Aragon, y no habíamos salido ni teníamos por qué salir de los viejos muros de Huesca.

Después de la ceremonia de la iglesia, que fue por la mañana, concurren por la tarde los viejos y nuevos reyes a las acostumbradas justas y ejercicios caballerescos.

Inmenso pueblo llenaba el palenque; las damas mas hermosas y los mas apuestos galanes de los contornos embellecian desde los andamios allí levantados el espectáculo; y en la arena habian ya probado su esfuerzo y destreza famosos caballeros de Aragon y Cataluna.

Notóse sin embargo que los justadores aragoneses quedaban muy por debajo de los de la comitiva del conde de Barcelona, y entonces fué cuando hubo alguno que recordase á los muertos ricos-hombres.

—; Oh si estuviese aqui Roldan! dijo uno.

—Aun Ferriz de Lizana daria hartito que entender á los catalanes, á pesar de sus muchos años, añadió otro.

Pero no se oyó mas, y la multitud indiferente siguió aplaudiendo á los vencedores y saludando con desdenosos motes á los vencidos; ya cuando tiraban los caballeros al tablado, ya cuando corrian sortijas, ya cuando rompian lanzas, repartidos en contrarias cuadrillas y escuadrones.

De pronto el eco del clarin. hirió los oidos de los circunstantes.

—H. Todos miraban de acá para allá, y nadie acertaba con el motivo de aquella novedad estraña; hasta

que vieron entrar por las puertas del palenque quinque enlutados, armados de punta en blanco, y todos con esta divisa en los escudos: "por la honra." Delante de ellos venian un heraldo y dos clarines vestidos tambien con negras vestiduras, montados aquellos y estos en soberbios caballos.

Adelantáronse en cuadrilla heraldos, músicos y caballeros hasta la mitad del palenque; y allí sin solicitar de nadie permiso, tocaron á silencio los clarines, y los pajadines hicieron alto, y uno de los heraldos, levantando la voz, dijo de esta manera:

—; Nobles caballeros! ; Nobles caballeros! Presentes hay quince que lo son tanto como el que mas de vosotros; venid á ellos, venid uno á uno, quince á quince, ó ciento, cuantos sean los que osen mantener en campo que fué justa la sentencia de muerte dictada contra los muy poderosos y nobles ricos-hombres de Aragon; lanzas hallaran que mantengan lo contrario, y hombres que les prueben aquí delante del mundo que ellos son alevos y traidores,

por lo mismo que defienden clara traicion y manifiesta alevosia. Campo, campo, armas iguales, y luego entrad, nobles caballeros, entrad en el palenque que los que oséis defender que no fué traicion ni alevosia la muerte de aquellos leales ricos-hombres.

Imposible seria pintar la confusion que hubo en los andamios y tablados del palenque al ver entrar á los enlutados y al oír despues el reto.

Hubo quien dijo que eran las almas de los ricos-hombres que se levantaban de sus tumbas, pegadas otra vez las cabezas á los hombros; fuertes y pode-

rosos como en sus mejores días, para vengar su muerte y defender su honra.

Otros, los menos sin duda, sostenían que no eran sino hijos de los ricoshombres, que venían á mantener el reto por sus padres.

Y mientras tal decía: «aquel es Ferriz de Lizaena; parece que nada le haya sucedido;» tal otro replicaba: no es él sino Corberan, el mayor de sus hijos, y este otro es Fortun, el menor de ellos, que vendrá por Roldan ó por alguno de los ricoshombres que no dejaron quien tomase su defensa.

De todas suertes la confusion y la estrañeza eran grandes, y mas aún que entre la multitud; en la corte y en el preeminente y lujoso tablado desde donde veían las fiestas los reyes.

Don Ramiro no habló palabra; bajó los ojos al punto y levantóse, y todo turbado montó á caballo; y seguido de dos escuderos solamente, partió á la carrera; doña Inés cayó desmayada.

Soló el conde de Barcelona supo tener serenidad en aquel trance.

No faltaron valientes caballeros en su comitiva que se acercasen á él á pedirle permiso para contestar al reto entrando en campo con los enlutados paladines; mas el buen conde no quiso concedérselo.

—Dejad, dijo, á los de Aragon que prueben que esa no fué alevosía: vosotros, mis valientes catalanes, ¿estais seguros de que no lo haya sido?

Mas de Aragon no se movia nadie, y pasaba el tiempo sin que nadie respondiera al reto, y de cuar-

to en cuarto de hora sonaba el clarin, y los heraldos enlutados lo repetían primero el uno, luego el otro, alzando cada vez mas la voz, como para provocar mas al combate.

Don Berenguer se impacientaba; pero ni quería abandonar el campo, ni quería que lo mantuviesen los caballeros de su comitiva.

Al cabo un clarin respondió al clarin de los enlutados mantenedores, anunciando que un caballero acudia á disputar el campo, y á poco entró éste en el palenque sin heraldos que proclamasen su nombre ni su casa, ni escuderos que lo acompañasen.

Todos los ojos se fijaron en él, pero ninguno supo conocerle.

No traía mote ni divisa, ni la armadura era tan rica que denotase caballero de alta clase, ni tan conocida la apostura que con solo verle pudiera decirse quién era.

Pero mientras todos se fijaban inútilmente en su persona, el caballero recién venido llegó al sitio donde estaban los mantenedores, y con sereno continente, y alzando la voz dijo:

—Quien quiera de vosotros ser el primero en la lid, salga adelante.

No bien acabó de decir esto, miró ya delante á uno de los de las armas negras, el que estaba mas cerca.

—Tened, don Jaime, gritó al paladin uno de los que venían con él; tened y averiguad primero si ese es caballero como nosotros lo somos.

—Y ¿quién sois vosotros? gritó el recién venido

con firme acento: ¿quién os mete en averiguar si soy caballero ó no, cuando yo no os he preguntado vuestros nombres? Digan las obras quién somos.

—Tiene razon, don García, repuso el don Jaime: puesto que nosotros no estamos para descubrirnos, tenemos que aceptar el combate cualquiera que sea el campeón que se nos presente. Jueces del palenque, partid el campo.

Llegaron los dos caballeros que habian cuidado del buen orden en las justas, y que cierto no habrian imaginado el emplearse en tan siniestro trance aquel dia; y obtenida la venia del conde de Barcelona, partieron el campo y el último rayo de sol que enviaba la tarde al desaparecer detras de los montes cercanos.

Hicieron la señal los clarines, y los caballeros partieron á encontrarse al escape; pero el de las negras armas no pudo resistir al empuje de su contrario, y cayó al suelo perdida la razon al golpe.

Otro de sus compañeros se presentó á ocupar su puesto, y sufrió la misma suerte; solo que éste cayó tan mal herido, que no pudo ponerse en pié por entonces, ni parecia probable que lo lograra en su vida.

El pueblo prorumpió en gritos de aplauso para el caballero sin mote, que así llamaban ya al que iba contra los ricos hombres ajusticiados, y en gritos de desprecio para el escuadron de los contrarios.

—Callad, turba vil, dijo uno de ellos, que yo haré de modo que rescate por mi persona los pasados vencimientos.

Y se adelantó á ocupar el puesto del recién caído, sin que le hubiese llegado la vez.

Sonaron de nuevo los clarines, y los caballeros partieron uno contra otro, y al encuentro saltaron las lanzas en mil pedazos sin que ni uno ni otro vacilara en la silla.

Una aclamacion inmensa se oyó por todas partes al ver tanta fortaleza, y la general curiosidad se acrecentó mas todavía.

Volvieron á encontrarse los caballeros con nuevas lanzas, y tambien las hicieron astillas; y el furor de ambos era tanto, que precipitándose uno sobre otro en la carrera llegaron á chocar sus cuerpos, y en poco estuvo que de este choque no midiesen los dos la tierra.

La multitud volvió á saludar con entusiasmo á los combatientes: el espectáculo de dos hombres que con tanta destreza y fortaleza se procuraban mutuamente la muerte, producía un encanto inefable en los cultos oscenses del siglo XII.

A la tercera arremetida que se dieron, ni uno ni otro pudieron resistir y entrambos cayeron en tierra, y ni uno ni otro se levantó.

Acudieron los jueces del campo á socorrerlos y les levantaron la visera: entonces el pueblo entero reconoció en el campeón de la negra armadura á Corberan de Lizana, hijo del buen caballero Ferriz de Lizana, que fué de los ricos hombres ajusticiados; y una mujer jóven y hermosa que vagaba hacia rato por alrededor del palenque, como sin saber adonde iba, lanzó un ¡ay! de espanto, y se precipitó so-

bre el cuerpo del caballero desconocido. Aquella mujer era Castana.

Los físicos declararon que ninguno de los dos campeones estaba muerto: el de Lizana tenia un costado atravesado por la lanza del contrario; el otro estaba solamente desvanecido por falta de fuerzas.

El conde don Berenguer arrojó entonces su baston á la liza, y los caballeros enlutados se llevaron consigo al de Lizana, y Castana y cuatro escuderos del rey al contrario, y la multitud se fué poco á poco disipando y formando comentarios sobre todos aquellos singularísimos sucesos.

Mea culpa, mea culpa,
mea gravissima culpa.



Y el lector inteligente habrá comprendido por qué fué la estraña desaparicion de Aznar, de que dimos cuenta en el capítulo XX de esta verdadera historia.

El cronista muzárabe suele hacer cosas como ésta que es dejar de explicar los sucesos cuando tienen lugar, y luego al cabo de tiempo hacer de modo que mal ó bien se entiendan, sin ponerse á decirlo claramente.

Así debe de suceder tambien con el rey don Ramiro, que salió del palenque sin saber nadie adón-

de los y no vuelve a salir en el capítulo XX. Aquella mujer era Castana. Los físicos declararon que ninguno de los dos campeones estaba muerto: el de Lizana tenia un costado atravesado por la lanza del contrario; el otro estaba solamente desvanecido por falta de fuerzas. El conde don Berenguer arrojó entonces su baston á la liza, y los caballeros enlutados se llevaron consigo al de Lizana, y Castana y cuatro escuderos del rey al contrario, y la multitud se fué poco á poco disipando y formando comentarios sobre todos aquellos singularísimos sucesos.

CAPITULO XXIV

Que trata principalmente de cosas místicas; es notable por ser el último de todos.

Mea culpa, mea culpa,
mea gravissima culpa.

Ya el lector inteligente habrá comprendido por qué fué la estraña desaparicion de Aznar, de que dimos cuenta en el capítulo XX de esta verdadera historia.

El cronista muzárabe suele hacer cosas como ésta, que es dejar de explicar los sucesos cuando tienen lugar, y luego al cabo de tiempo hacer de modo que mal ó bien se entiendan, sin ponerse á decirlo claramente.

Así debe de suceder tambien con el rey don Ramiro, que salió del palenque sin saber nadie adón-

de iba y no vuelve á saberse de él en el relato. En nuestra opinion harlo deja entender adónde fue y lo que hizo, con el siguiente caso que fielmente trasladamos de sus páginas á las nuestras.

Al despuntar el día que siguió al de las justas y no imaginado juicio de Dios, salieron de Huesca tres hombres, montado uno de ellos, que llevaba la delantera, en una mula, y los otros en buenos caballos.

El aparato no era guerrero, pero con todo bien podía distinguirse desde lejos el relumbrar de las espadas que los dos que montaban caballos llevaban pendientes del cinto.

Cualquiera habria dicho que estos eran escuderos de algun abad que caminaba á su iglesia, dado que por aquel tiempo no era prudente viajar sin tan razonable compañía, aun llevando tonsura y hábitos sagrados.

Y que fuese abad el ginete de la mula no podia decirse de seguro, porque iba muy bien embozado en una ancha capa de lana toscamente labrada; pero lo de eclesiástico no podia faltar en él, segun el corte de su pelo y el ancho sombrero que traía.

Pues es el caso que los tres ginetes se encaminaron al cercano lugar de Quincena, y atravesándolo silenciosamente se encaminaron por la orilla derecha del rio Flumen á Mont-Aragon.

Llegaron al pié de la redonda y alta montaña, en cuya cima se levantaban sus altos y almenados torreones; y dejando á la derecha la villa de Mont-Aragon, de la cual no quedan hoy rastros siquiera, y que

habia recibido nombre del famoso monasterio, comenzaron lentamente á subir á lo alto.

La campana de la iglesia tocaba á misa á la sazón, y sus acentos despedidos de la alta torre del centro donde estaba situada, llenaban el aire y producian un indefinible sentimiento de melancolía y devocion.

De las vecinas montañas bajaban presurosos los campesinos á oír la misa del alba en el celebrado santuario, y todo lo largo del revuelto camino que á él subia mirábase lleno de gente devota y pecadora que acudia á implorar la gracia divina.

Hay pocas cosas tan poéticas como la misa del alba en el campo; los himnos espirituales de la Iglesia se juntan con el himno universal de la naturaleza; aquel que cantan los pájaros de la arboleda y los manantiales de las rocas, y el eco de la soledad que va repitiendo, sin olvidar ninguno, todos los murmullos y todas las voces que se levantan en las vecinas tierras.

Los tres desconocidos ginetes de que ya hemos hablado, echaron pié á tierra antes de llegar al foso y se dirigieron al puente levadizo que entonces estaba echado: la hora y la ocasion los eximieron de toda formalidad, y así nuestros tres caminantes cruzando un claustro cuadrado que contenia un patio espacioso con arriates de flores, entraron en la única y estrecha nave de la iglesia, donde ya habia bastante gente esperando la misa.

El que traía la mula se desembolsó al entrar y se mostró vestido de monje benito; sus dos escuderos

(conozcámosles ahora por este nombre) se arrodillaron á la puerta; mas él fué á colocarse de rodillas delante del altar mayor.

En el retablo habia una tabla con la imágen de Jesus Nazareno; la misma que Sancho Ramirez trajo de la montaña para levantarla allí iglesia y fortaleza que fuese cuartel general, como ahora se dice, del ejército de Cristo.

Delante de aquella imágen milagrosa habian consolado sus cuitas durante diez años los sitiadores de Huesca; allí tambien tomaron aliento para ejecutar tan gran conquista y emprender otras mayores.

El monje no debia ignorar estas historias, segun lo devotamente que tenia puestos los ojos en la imágen, y la verdadera contricion que mostraba su rostro.

Allí oyó misa sin levantarse un solo momento, y terminada ya estuvo aún por largo rato orando. Luego se encaminó á la sacristía y preguntó por el venerable abad de la casa. Uno de los acólitos le mostró un confesonario en donde á la sazón se hallaba practicando santamente su ministerio, rodeado de gran muchedumbre de fieles que enardecidos en cristiano celo se disputaban el puesto con acres palabras y descompuestas acciones.

El monje fué allá y aguardó pacientemente á que todos hubiesen acabado. Luego, acercándose al confesonario:

—Padre, dijo, concededme la gracia divina.

—Hermano, respondió el abad, gran favor me hariais con aguardar á mañana; porque en verdad

os digo que me faltan ya las fuerzas. Hace tres horas que estoy aquí sentado, y tengo ochenta años conmigo; conque perdonadme, os digo, y volved mañana, que ya oiré vuestras culpas.

—No puedo aguardar mas, padre. Hace tres años que aguardo de vos absolucion, y cada dia necesito mas de ella.

—¡Tres años! exclamó el abad sorprendido.

—Tres años, sí, continuó el penitente. Yo soy un mal monje que se casó contra sus votos, y contra sus votos tuvo y gozó altos bienes; yo soy uno á quien mandasteis que dejara mujer y bienes para poder lograr y merecer la absolucion de tantas culpas; yo soy uno por cuya causa

—¡Vos vos sois el rey don Ramiro! prorumpió el abad levantándose como espantado.

—Sentaos, padre mio, sentaos y oidme por la misericordia de Dios. Yo no soy rey, ni me llamo ya don Ramiro; soy solo un gran pecador que viene á pedir os absolucion de sus culpas.

—Decís bien, hermano, respondió el abad sentándose al propio tiempo. Quienquiera que seais, poco importa ante el tribunal de Dios. Acercaos, acercaos mas para que nadie nos oiga.

Y el abad y el penitente hablaron bajo por largo espacio de tiempo; gemia éste de cuando en cuando: oíanse voces como de reprension de aquel, pero nada mas que eso.

Muy grande debió ser uno de los pecados, porque el abad alzando la voz de suerte que casi podia oirse en toda la iglesia, dijo:

—Y qué, hermano, aun osais decir que la amais?

—Padre mio, sí; la amo todavía con toda mi alma: es un ángel. ¡Ah! Es imposible verla y hablarla sin sentir por ella el amor que yo siento.

—¡Pecador! le interrumpió el abad. Mirad que estais ante el tribunal de Dios.

—¡Oh, perdon, perdon! replicó el monje sollozando. Ha sido por mucho tiempo compañera de mis desdichas, y es madre de mi hija. Yo me he separado ya de ella para siempre; yo no he de volver á verla mas.

—No basta, continuó el abad. Procurad tambien apartarla de vuestra mente, y no acordaros mas de ella para ser agradable á Dios.

—¡Temo, padre, que me sea imposible olvidar-la! ¿No os he dicho tambien que es la madre de mi hija?

—Bastará que lo deseéis sinceramente para que Dios os perdone y os ayude con su poderosa proteccion á olvidarla.

—Pues yo lo deseo, padre.

—Bien, bien. ¿Y estais verdaderamente arrepentido de todas vuestras culpas?

—Sí lo estoy, sí lo estoy, padre mio. Diera mil vidas si las tuviera por no haber cometido la menor de ellas.

Pues entonces, dijo el abad, bien podréis entrar en la gracia de Dios mediante mi absolucion espiritual.

Confesor y penitente hablaron por largo rato todavía, y al cabo aquel levantándose pronunció con

voz solemne la absolucion, tanto que llamó la atencion de los circunstantes.

Un momento despues el monje benito salió de la iglesia y del monasterio y se encaminó de nuevo á Huesca.

En una de las primeras calles dejó á los dos escuderos que le acompañaban y se entró solo en la iglesia antigua de San Pedro el viejo, que así se llamaba en tiempo de la conquista por los años 1094 de Cristo.

—No basta, continuó el abad. Procurad tambien apartarla de vuestra mente, y no acordaros mas de ella para ser agradable á Dios.

—¡Temo, padre, que me sea imposible olvidar-la! ¿No os he dicho tambien que es la madre de mi hija?

—Bastará que lo deseéis sinceramente para que Dios os perdone y os ayude con su poderosa proteccion á olvidarla.

—Pues yo lo deseo, padre.

—Bien, bien. ¿Y estais verdaderamente arrepentido de todas vuestras culpas?

—Sí lo estoy, sí lo estoy, padre mio. Diera mil vidas si las tuviera por no haber cometido la menor de ellas.

Pues entonces, dijo el abad, bien podréis entrar en la gracia de Dios mediante mi absolucion espiritual.

Confesor y penitente hablaron por largo rato todavía, y al cabo aquel levantándose pronunció con

voz solemne la absolucion, tanto que llamó la atencion de los circunstantes.

Un momento despues el monje benito salió de la iglesia y del monasterio y se encaminó de nuevo á Huesca.

En una de las primeras calles dejó á los dos escuderos que le acompañaban y se entró solo en la iglesia antigua de San Pedro el viejo, que así se llamaba en tiempo de la conquista por los años 1094 de Cristo.